

Opositar: una carrera de fondo

Raquel es Secretaria Judicial en una Oficina de Juzgado de la provincia de Barcelona. Lleva poco tiempo en el ejercicio de esta profesión, a la que accedió tras superar una oposición para la que tuvo que estudiar durante años.

29/04/2012

Dicen que de los tiempos de crisis, pueden nacer nuevas oportunidades. Nuevas vías para crecer y para ayudar a otros a conseguirlo. Raquel

es Secretaria Judicial en una Oficina de Juzgado de la provincia de Barcelona. Lleva poco tiempo en el ejercicio de esta profesión, a la que accedió tras superar una oposición para la que tuvo que estudiar durante años.

¿Compensa el esfuerzo de una oposición como la tuya?

El primer día que acudí al preparador me dijo “ten en cuenta que esto no es un carrera de velocidad sino una carrera de fondo”.

La oposición se me planteaba como un proceso largo. Lo que importaba —y lo que me veía capaz de asumir— era el esfuerzo del día a día. Sabía que ese trabajo dejaría su poso, aunque no viera inmediatamente el fruto de la constancia de una jornada y otra con una misma rutina. Otros opositores coincidían en esta visión.

Eso es lo bonito de la experiencia: conoces a mucha gente en tu misma situación. De ahí surgen amistades que duran toda la vida, tal vez por haberlo “pasado mal” juntos.

En momentos de desánimo, algunos opositores comentaban que quizá el esfuerzo de todos esos años no serviría para nada. Yo pensaba —y lo comentaba con ellos— que para un cristiano, todas esas horas de estudio y trabajo, nunca son en balde porque una vez ofrecidas a Dios, son materia de santidad; es una buena forma de rezar, de apoyar a otras personas desde una biblioteca, de ofrecerlas por intenciones grandes...

Aparte de que obtuvieras la plaza, ¿crees que esa experiencia te ayudó personalmente?

Sin duda. Me di cuenta de que las cosas en esta vida no salen solas; hay mucho esfuerzo detrás que siempre queda recompensado. Da

satisfacción comprobar que puedes organizarte el día y marcarte metas para cumplirlas. Evidentemente, hay días buenos, malos y días en los que la cabeza no rinde. En cualquier caso, todos sabíamos que ese era nuestro trabajo y que nuestra familia (y la sociedad) estaba invirtiendo en nosotros.

Creo que me ayudó a adquirir hábitos, a no tener miedo, a esforzarme, a ser puntual y ordenada... Muchos compañeros, que no aprobaron, me comentaban que esos hábitos adquiridos durante la preparación de la oposición les sirvieron en sus trabajos posteriores: en un despacho de abogados, como administrativos.

¿Por qué son importantes las virtudes humanas?

Son como las herramientas que tienes para funcionar por la vida. Ahora que he empezado a trabajar,

me doy cuenta de que son los buenos profesionales los que sacan la faena, en los que te puedes apoyar, gente con la que disfrutas y aprendes mucho.

Diría que las virtudes dan la libertad de poder decir: me propongo esto y lo hago. No voy a rastras solamente de lo que me apetece sino de lo que veo que me conviene y es bueno. En el trato con los demás diría que hay una gran diferencia entre aquellas personas que se esfuerzan por trabajar bien y por ser buenos compañeros y aquellos que sólo quieren salir del paso.

Eres agregada del Opus Dei, ¿cómo te ha ayudado tu vocación de cristiana corriente durante tus años de opositora?

Me ha ayudado a estar muy en la calle con la conciencia de que Dios, mi Padre, está muy cerca de mí... En mi caso la expresión “en la calle” era

mucho decir, más bien diría que estaba todo el día en la biblioteca, pero en contacto con la gente. El primer día entré en la biblioteca con una amiga y el último salí habiendo conocido a más de veinte personas de las que nueve o diez han llegado a ser buenas amigas, de las de verdad.

Gracias a esta vocación que me lleva a querer contagiar a muchos el amor de Dios que llevo dentro, me resulta más fácil abrirme a los demás y hacer nuevas amistades. Además, he notado durante los cinco años de la oposición, la cercanía del Opus Dei como una verdadera familia. Muchas personas de la Obra me animaron con su cariño y apoyo... o acompañándome porque “casualmente” pasaban por la biblioteca con un bocadillo a la hora de la comida.

Mientras preparaba la oposición, el espíritu del Opus Dei me ayudó

mucho a ver cada hora de estudio
como una hora de oración y a
comprender que desde mi metro
cuadrado de la biblioteca podía
apoyar a amigos que tienen
problemas, a familiares, a países que
están en conflicto. Se podría pensar,
¿y yo qué puedo hacer por todas esas
personas? lo primero rezar y ofrecer
por ellas mi estudio. Y así, aunque es
monótono, ves que tiene un valor.

Ahora en el trabajo, aunque soy
consciente de ser “una más del
montón” entre la gente del juzgado,
por mi vocación siento la
responsabilidad de ser una buena
profesional y al mismo tiempo
procuro dar buen ejemplo como
católica. Sé que muchas personas no
tienen referentes de lo que significa
vivir en cristiano, así que me ilusiona
poner mi granito de arena para
transmitir la fe con mi ejemplo.
Luego meto la pata como todos. Veo
que soy una ignorante y que me

queda mucho que aprender... pero trato de no cansarme de rectificar.

¿Se ha notado la crisis?

¡Mucho! Además de los recortes en los sueldos de los funcionarios, se ha disparado el número de asuntos civiles, reclamaciones de cantidad, juicios hipotecarios, desahucios... A nivel penal también ha crecido la delincuencia, de hurtos, robos...

Tuve una compañera de trabajo que proporcionaba asesoramiento jurídico a personas desprotegidas que se enfrentaban a procesos contra entidades más poderosas. Ella me enseñó cómo se puede preservar derechos y garantías de la gente con un trabajo hecho a fondo y que profundiza en los conocimientos. Indudablemente actuar así implica más trabajo, pero vale mucho la pena.

Ante la crisis... ¿esperanza?

Por supuesto. No puedo evitar pensar en una frase de El Señor de los Anillos que dice: “Hasta el más pequeño puede cambiar el rumbo de la historia”. Todos podemos contribuir a los cambios.

Personalmente, cuando estoy en una situación difícil, procuro hacer una breve pausa para recuperar la serenidad, le encomiendo el asunto a san Josemaría y, si es el caso, acudo a algún compañero experto para pedirle opinión. Si sabe la solución me la dice y si no, al menos me dice cómo o dónde buscarla... Por eso pienso que ante las pruebas difíciles, esperanza y pedir ayuda.